Pelayos

AÑO 1 – NÚM. 4
24 DE JUNIO - 2022

REVISTA JUVENIL
CATÓLICO-MONÁRQUICA

©2021

Índice

Pelayo 1

S.A.R. Don Sixto de Borbón 2

Saluda del Capellán 3

Personajes 7

Narraciones 19

Clara y Santiago 29

Las Españas 34

Madre de la Hispanidad 38

Catecismo de las Juventudes Tradicionalistas 43

¿Sabías qué? 45

Pasatiempo 51

Cancionero 53

Tienda 55

Este número contiene en páginas centrales

ORDENANZA DEL REQUETÉ
DEVOCIONARIO DEL REQUETÉ

Pelayo

Mes del Sagrado Corazón, testigo del martirio de San Pelayo. Ejemplo de entrega a Dios, a quien nuestro Rey sirve con lealtad, exigiéndonos una fidelidad que nuestra juventud hará crecer hasta engrosar las filas de los Requetés.

Como jóvenes de la Santa Causa estamos llamados a restaurar, con nuestra entrega y obediencia, lo que nuestros mayores han defendido durante siglos: la España Eterna, la Monarquía Hispánica, La Monarquía Católica, que lideró el orbe hasta sus confines.

Nada se consigue con conformismo y pasividad; nada se obtiene sin virtudes ni sacrificios; nada se logra sin la obediencia a quien Dios nos ha dado como Rey.

D. Sixto Enrique espera de nosotros que crezcamos y nos formemos como verdaderos españoles, porque así seremos la sal de las Españas y temor de sus enemigos. Somos Comunión, ejército fiel que restaurará el Altar y el Trono.

Lo contrario sería traición a Dios, a la Patria y al Rey. Y serán nuestros mártires jueces terribles del abandono de sus filas, de la relajación en el combate, de la pérdida del tiempo, del diálogo con el enemigo.

La Ordenanza del Requeté debe ser tu lectura, y su Devocionario tu oración. Sólo así serás soldado de la Tradición.

S.A.R.
D. Sixto Enrique de Borbón y de Borbón

« Lo que nos reclaman estos tiempos ásperos —lo repito siempre que tengo ocasión— es la perseverancia y la disciplina. A cultivarlas con generosidad y espíritu de sacrificio os convoco».

Saluda del Capellán

Mis queridos Pelayos:

Durante la vida de san Antonio de Padua sucedieron muchos y maravillosos milagros. Tuvo que ser asombroso presenciar el milagro de los peces. Una ciudad, que estaba habitada por herejes, rechazó recibir al santo; pero él, lejos de desesperar, continuó predicando frente al mar. Entonces, ¡oh prodigio!, fueron miles los peces que asomaron sus cabezas fuera del agua para escuchar atentamente el sermón de san Antonio.

Se cuenta también otro milagro no menos admirable. San Antonio estaba presidiendo una procesión del Corpus Christi, cuando pasó por allí un hereje que no creía en la presencia de Jesús en la Eucaristía. El hombre iba guiando su burro, que estaba cargado de leña. Al llegar a la altura de la Custodia, el hereje no hizo el menor ademán de reverencia: ni se arrodilló ni se persignó. En ese momento, fue su burro el que se paró en seco y se puso de rodillas mientras pasaba Jesús, oculto en el Santísimo Sacramento.

En la liturgia tenemos distintos gestos que muestran la gradación de la reverencia, la veneración y la adoración. Se distingue entre el culto de dulía (a los santos), el culto de hiperdulía (que es la exclusiva y especial veneración a la Santísima

Virgen) y el culto de latría o adoración, que debemos a solamente a Dios. Este culto de adoración tiene sus gestos específicos y uno de ellos es la genuflexión. Doblar la rodilla, pues eso significa genuflexión, es un gesto del cuerpo que reconoce la soberanía de Dios. Cuando vemos la luz del Sagrario, hacemos ese gesto, y, por ejemplo, si estuviera apagada, no lo haríamos.

En estos tiempos de herejía modernista ni siquiera se le hace a Jesús la genuflexión al recibirle en la comunión. Comulgan de pie y se justifican diciendo que lo importante es la disposición interior. Por supuesto que la disposición interior —estar en gracia de Dios—, es fundamental, pero, así como expresamos la oración con nuestros labios, también tenemos que hacer la genuflexión, que es la oración y la adoración de nuestro cuerpo. Por eso, comulgamos de rodillas y sin inclinación de cabeza, porque cuando el cuerpo está de rodillas la cabeza ya no tiene que doblarse, ¡no hace falta añadir ni inventarse ademanes nuevos! Comulguemos de rodillas, quietos y con las manos juntas, porque juntar las manos es un gesto de soldado que rinde pleitesía a Cristo Rey. Este gesto con las manos también lo hacen los sacerdotes en su ordenación por obediencia y sumisión con respecto a su Obispo.

Queridos Pelayos, hagamos bien la genuflexión. Un niño bien educado saluda cuando llega y cuando se va de un lugar y mira a los ojos a las personas a las que se dirige. Pues bien, que cuando estemos ante Nuestro Señor vayamos tranquilos y pensando en saludarle. Al entrar en el templo nos paramos y

ponemos los pies juntos, a continuación, las dos manos en la rodilla izquierda mientras doblamos la rodilla derecha hasta el suelo. Después nos levantamos y seguimos nuestro camino. ¡Que no nos dé lecciones el burro del milagro de san Antonio sobre cómo hacer la genuflexión! ¡El burro le dio lecciones a su amo hereje y espero que no nos las tenga que dar a nosotros! Creemos que Jesús está presente en el Santísimo Sacramento del Altar, por eso le expresamos a Nuestro Señor con el cuerpo lo que hay en el alma. Una buena genuflexión tiene mucho valor porque es un gesto de adoración... ¡Y Jesús está tan solo en tantos tabernáculos! ¡Está abandonado en tantos sagrarios!

Pensemos en su Presencia Real, en Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Él nos ve. Él está en el Sagrario y nos mira a los ojos, mira el alma. No sólo tiene oídos para escuchar mi oración, sino ojos para ver mi gesto de adoración. Que nuestra oración y nuestra genuflexión sean fervorosas. También los demás deben verlo, porque si no la hacemos o la hacemos mal, damos mal ejemplo y nos quedaremos equiparados al hereje que pasaba de largo ante Jesús sacramentado.

En la genuflexión hay más de lo que imaginamos, por eso, pidamos a San Antonio su intercesión para parecernos al burrito del hereje y así hacer bien ese gesto de pleitesía ante Nuestro Señor Jesucristo presente en Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad en el Sagrario. Él no sólo oye. También nos ve. Él es el Señor de nuestra alma, y también de nuestro cuerpo, por

debemos adorarle también con él. Que el cuerpo lleve al alma y ponga el corazón a los pies del Señor, para que oiga y vea nuestra oración, y que le sea agradable en su presencia

Padre José Ramón García Gallardo

Sancho IV de Castilla

El Bravo

Sucedió al Rey Alfonso X El Sabio, su hijo Sancho IV de Castilla, llamado «el Bravo», e hijo de la Reina Violante de Aragón, a su vez hija de Jaime I «el Conquistador», rey de Aragón. Fue rey de Castilla entre 1284 y 1295.

Cuando mandó traducir el «Elucidarius» de Honorio de Autun, puso él mismo, en el prólogo lo que un Rey debe hacer: «que un rey tiene que servir a Dios primero con sus hechos, y en segundo lugar con sus dichos».

Tanto fue así que de ahí viene su apodo «el Bravo». Cuentan las crónicas que el día 8 de junio de 1288, reunido en Alfaro con varios ricoshombres y caballeros suyos, trataban de acordar la amistad de Francia o Aragón con Castilla. A esta reunión asistieron también Lope Díaz y dos de sus leales más cercanos; Diego López de Campos y el infante Juan, hermano de Sancho IV. Todos, a espaldas del

Monarca, habían abusado de su poder y maltratado a la población, llegando todos estos abusos a oídos del Rey.

Durante la reunión, el conde, arrogante, pretendió llevar la voz cantante y que todos los del reino acataran sus órdenes, incluido el Rey. Pero D. Sancho, cansado de las interrupciones y desaires, por parte de su hermano Juan y Lope, decidió salir del salón en el que se tenía la reunión y dejar a los nobles tomar la decisión. En su espera, haciendo alarde de paciencia y prudencia, trazó un plan ante tal desorden y desaire de quienes le debían obediencia y, cuando volvió a entrar para saber la decisión de sus hombres del reino, fue directamente contra Lope. Y sigue la Crónica narrando la conversación, que fue algo así:

- ¿Habéis acordado ya?

A lo que el conde contestó:

- Sí, entrad señor. Vamos a decíroslo.
- Entonces, como ya lo acordasteis, aquí estoy yo con otro acuerdo, y es que vos vais a quedar aquí conmigo hasta que me devuelvas mis castillos. Dijo Sancho refiriéndose a que le devolviera la tenencia de sus fortalezas.

Don Lope, que ya no sabía lo que era la vergüenza ni mucho menos el respeto que le debía a su Rey, se levantó iracundo:

- ¿Presos? ¿Cómo? ¡A la merda! ¡Oh, los míos!

Dio la orden a sus leales y compañeros de desobediencia y fechorías que se levantaran junto a él para plantarle cara al mismo Rey. Mientras el conde hablaba, sacó un cuchillo y se encaminó raudo hacia donde estaba el Monarca.

D. Sancho desenvainó su cuchillo, pero pisó sus ropajes, tropezó y cayó al suelo. Los leales al Rey se abalanzaron sobre Lope y, con destreza de quienes habían luchado por su Rey en infinidad de batallas, le cortaron al noble la mano armada de un solo tajo.

D. Sancho se repuso al momento y, en cuestión de unos segundos, cogió una maza y se dispuso a dar caza a Lope... el conde murió de un mazazo en la cabeza. Tras esto, el monarca acorraló a Diego López de Campos y le increpó por haber ayudado al conde:

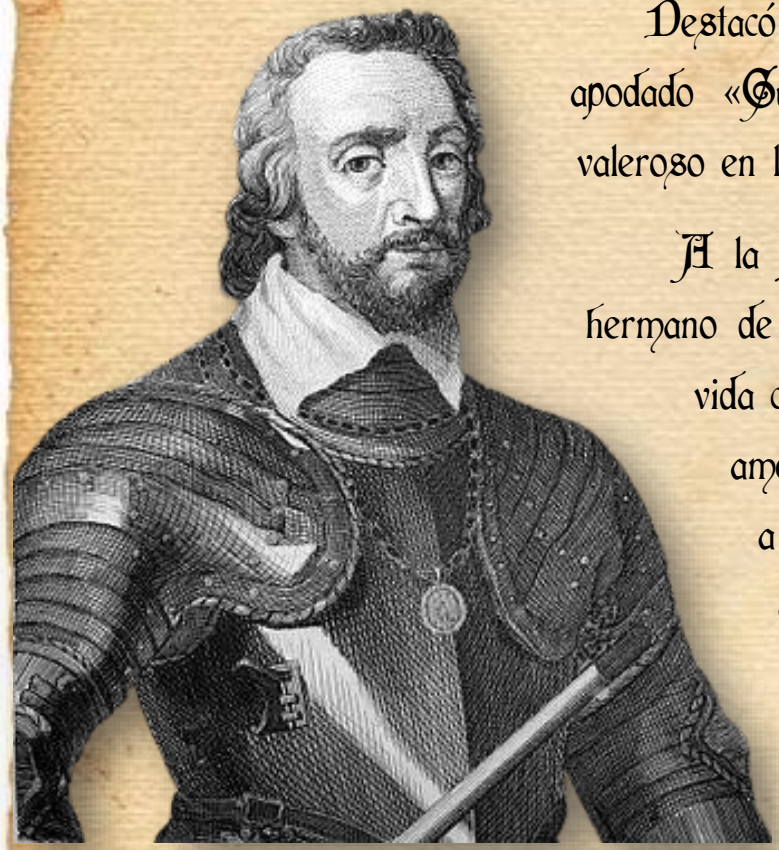
- Diego ¿por qué merezco esto de vos? ¿Por qué hacéis correrías por mi tierra si sois mi vasallo?

Diego, paralizado por la destreza y justicia del Rey, no contestó ni para bien ni para mal, lo cual provocó las justas iras del Rey. D. Sancho desenvainó su espada rápidamente y mató de un solo espadazo al noble. Mientras, el infante Juan había herido a dos personas de las que allí estaban reunidas. D. Sancho no podía resistir ya tanta traición y se encaminó hacia su hermano Juan espada en mano.

Suerte tuvo el infante que justo en ese momento apareció la Reina, Dña. María

de Molina, y fue capaz de aplacar a su esposo. Juan acabó metido en fierros, es decir, apresado en un calabozo y posteriormente exiliado de Castilla. Y así Sancho se ganó su apodo; Sancho IV «El Bravo».

No fueron pocos los leales a tal Rey, que rubricaron páginas de heroísmo en España, difícilmente igualables, de obediencia al Rey.



Destacó Alonso Pérez de Guzmán, apodado «Guzmán el Bueno», fiel vasallo y valeroso en la guerra contra el moro.

A la primera traición del Infante Juan, hermano de D. Sancho, y tras perdonarle la vida con el exilio, le vuelve a traicionar y amenazar el reino. Así llegó el desleal a las puertas de Tarifa, en 1294, ayudado por los moros meriníes y nazaríes.

El Rey, que sabía de su virtud, le encomendó la defensa de la plaza. Sin pereza y con caballerosidad acudió a defender el honor de quien era Rey.

El castillo fue defendido con bravura ante los ataques continuos de los desleales, mientras ondeaban las banderas de la legitimidad en los torreones.

Los combates eran fuertes y sanguinarios, una guerra sin cuartel. Tanto fue así, que en uno de estos, el hijo de Guzmán fue capturado.

Se produjo alegría entre los atacantes, teniendo ya una moneda de cambio que forzara la rendición de la plaza.

Se acercaron al pie de las murallas con su hijo amordazado, exigiendo la rendición. Guzmán, desde el torreón del homenaje, lanzándoles su puñal, se dirigió a ellos con estas palabras, que un antiguo romance recoge:

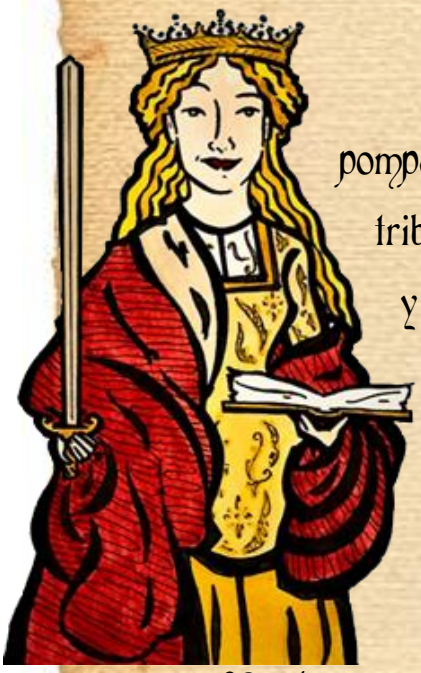
«Matadle con este, si lo habéis determinado, que más quiero honra sin hijo, que hijo con mi honor manchado».

Y allí mismo, Guzmán el Bueno lanzó una daga para que mataran con ella a su propio hijo antes que sucumbir al chantaje que le hacían los desleales al haberlo conseguido apresar.

La lealtad tiene su sacrificio y el honor su exigencia.

Isabel La Católica

(Segunda Parte)



Más encantadora que en su trono que, en el boato y la pompa de su Corte, que recibiendo embajadores y presidiendo tribunales, es Isabel La Católica en la intimidad de su vida y de su hogar.

Y es encantadora desde que nació un día feliz de Jueves Santo. Hasta su pueblo, Madrigal de las Altas Torres, tiene un nombre que suena a grandeza y a poesía.

En un saloncillo pobre y desmantelado del palacio de Madrigal pasó la niña su infancia, junto a su madre viuda y enferma. La vida de la madre era una vida triste:

«Yo me soy la reina viuda,

Reina que fui de Castilla.

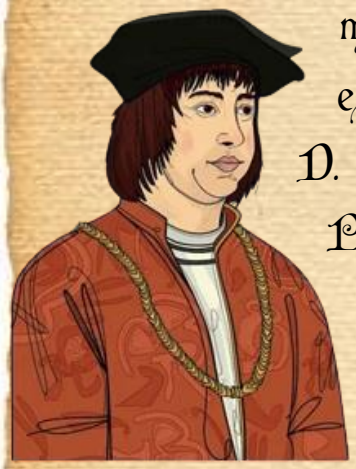
En placer me vi. ¡Coitada,

Agora, con triste vida!»

Y la princesa Isabel le cantaba romances y le acariciaba la frente, mientras hilaba sentada a sus pies. *«Jamás a la cabecera del niño desvelado hubo canciones de cuna más tiernas y primorosas».*

Doce años tenía la princesa Isabel cuando su hermano, el rey Enrique IV, se la llevó a su Corte, con el pretexto de educarla y protegerla. La Corte era una hedionda sentina de vicios, traiciones, luchas y placeres. Allí se mantuvo Isabel firme y casta como una rosa que abre sus limpios pimpollos sobre el lodo corrompido.

Su hermano tenía prisa por casarla. Y por casarla con quien él quisiera, pues reyes poderosos y magnates principales pedían su mano. Pero esa se casó con D. Fernando, joven y valiente, rey de Sicilia y Príncipe heredero de Aragón, estimando, como ella misma escribió a los Obispos y grandes del reino, que tal casamiento era «el más conveniente para el bien común destos Reinos y para la honra mía». D. Fernando tuvo que entrar en Castilla disfrazado de arriero para burlar a los esbirros del rey; y el casamiento lo bendijo el Arzobispo de Toledo en el Palacio de los Vivero, de Valladolid. El pueblo embelesado, «en grand número de más dos mil personas», pretendía en la arrogancia de la feliz pareja la resurrección y la grandeza de la patria.



Y cuando murió el desdichado Enrique IV se proclamó a Dña. Isabel reina de Castilla.

Era el día de Santa Lucía. A las puertas del Alcázar acudieron los nobles, *«con mucho lucimiento y gala, y concurso innumerable de pueblos»*,

La hermosa Princesa aparecía sobre el puente, montada en un brioso caballo blanco. Dos regidores de la ciudad cogieron los frenos del caballo y otros sustentaban el rico palio de brocado que cobijaba a la Reina.

Y se organizó la comitiva. Delante iban los gremios con sus trompetas y pendones: pelaires (o tejedores), curtidores, pellejeros, pergamineros, talladores, alarifes, mercaderes de terciopelo y sedas.

Y luego, los médicos, cirujanos, boticarios, maestros y sabidores de ciencia. Y luego las doncellas

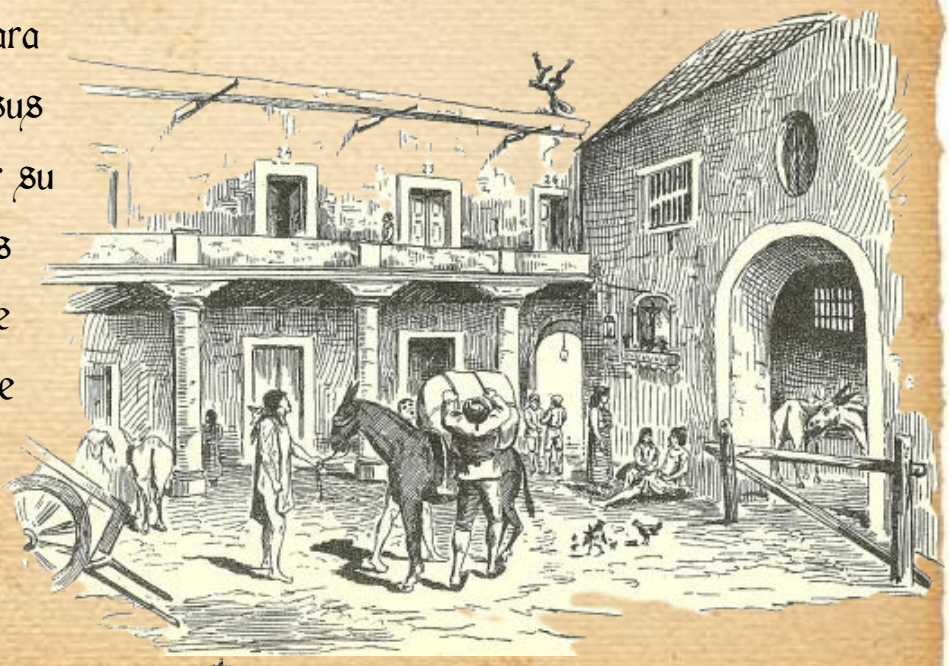
nobles vestidas con las tocas y sayas de las pueblerinas. Dos heraldos abrían paso al pendón real, y detrás de él iba la Reina, «quebrado el color, pero sonriente, inclinado el busto sobre el erguido cuello blanco de su caballo». La seguían sus damas, y cerraban el cortejo los pigueros y ballesteros.

Las campanas de la ciudad repicaban a gloria, zumbaba la artillería, y sobre las aclamaciones de la muchedumbre se alzó robusto y sonoro el pregón, que decía:

«¡Castilla, Castilla, por el Rey D. Fernando y la Reina Dña. Isabel, ¡Reina propietaria de estos reinos!»

Mientras tanto, Dña. Isabel recibía, sobre los Evangelios abiertos, el juramento de fidelidad de los nobles, los caballeros, los capitanes.

Después... ¡a trabajar por España! A trabajar sin un momento de reposo. Y no fue Dña. Isabel de los que gobiernan sentados en un trono, sino que se recorrió España cien veces para componer sus quebraduras y amasar su grandeza, con entrañas de madre. Y eso que entonces el carruaje era casi desconocido y la Reina tenía que hacer a caballo sus



caminatas y descansar en un convento, en una venta, en el caserón de un noble, llevando consigo el altar portátil, el lecho volante, el espejo de metal, el cofrecillo de labor y el libro de rezos «chesquito» con funda carmesí, en la que se veía este letrero: *«remedio del ánima»*.

Y aún tenía tiempo la mujer prodigiosa para aprender latín con Beatriz Galindo, para echar unas mangas al coleto de su marido, para cuidar directamente la educación de sus hijos: el Príncipe D. Juan, esperanza malograda de España; Isabel y María, luego reinas de Portugal; Dña. Juana, luego Reina de Castilla; Catalina, luego Reina desventurada de Inglaterra.

Y hasta para dar una vuelta por la cocina y ver como andaba la despensa.

- Comed con nosotros – dijo un día al Almirante de Castilla -, que hoy tenemos pollo.

Tan sobrios eran los reyes en su mesa, que comer pollo era una novedad.

Con tantas virtudes y tan singulares encantos, la real señora atraía a sí naturalmente las voluntades.

«Sois merecedora de gobernar no sólo España, sino el mundo entero», le dijo en ocasión memorable su marido.

Afirmaba Pedro Mártir. Y cuando ya hacía veinte años que había muerto, se asombraba Baltasar Castiglione de que los españoles estuvieran convencidos de que su Reina los miraba desde el Cielo. Y desde allí los reprendía o los alababa.

Y eso seguimos creyendo, porque

MIENTRAS ESPAÑA SEA ESPAÑA, ISABEL DE CASTILLA SERÁ NUESTRA REINA.

JUANITO, CRUZADO DE ESPAÑA

(PRIMERA PARTE)

A SANGRE Y FUEGO

Ya hace bastante tiempo que se ha hecho de noche, y, sin embargo, el cielo está tan claro como en pleno día. Abajo, sobre la colina, como una antorcha inmensa de luces centelleantes, brilla la aldea de Pobleto. Las viejas casonas están derrumbadas unas junto a otras, y de entre sus escombros, desde el centro de un montón de brasas, suben todavía llamas de unos 20 metros de altura. ¡Pobre aldea, tan apacible en medio de los hermosos montes Pirineos! ¿No hay nadie para apagar el fuego que la está destruyendo?

No, no hay nadie allí porque son los hombres, unos hermanos de la misma sangre quienes han encendido esa hoguera. Los rojos acaban de firmar una vez más, y también en rojo, uno de sus actos

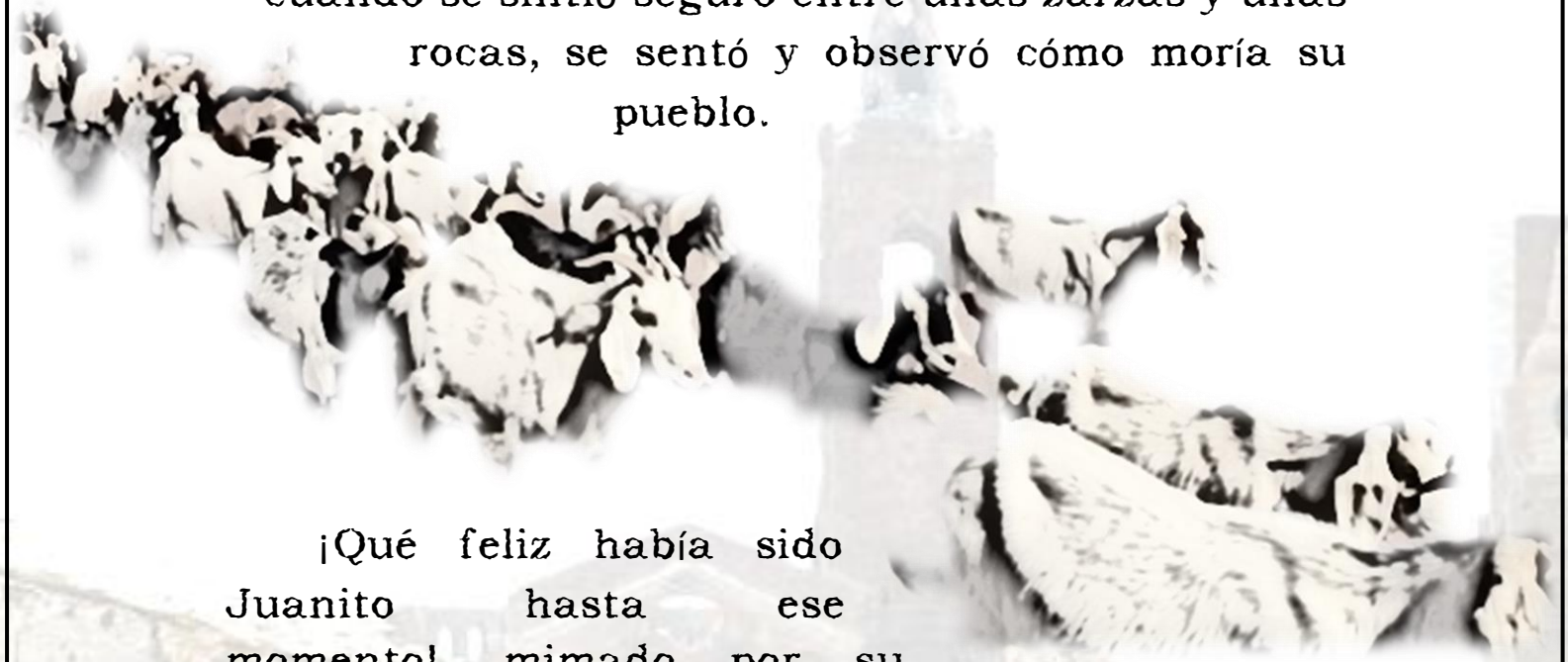
de crueldad, una de sus locuras proverbiales, una de sus obras, ejecutada con el resplandor de los demonios.

Llegaron para saquear la iglesia e impedir el culto, pero esas gentes borrachas de sangre no tardaron en asesinar cruelmente al señor Cura, lo que sucedió entre todas las escenas de horror imaginables, a pesar de las débiles protestas de algunas mujeres.

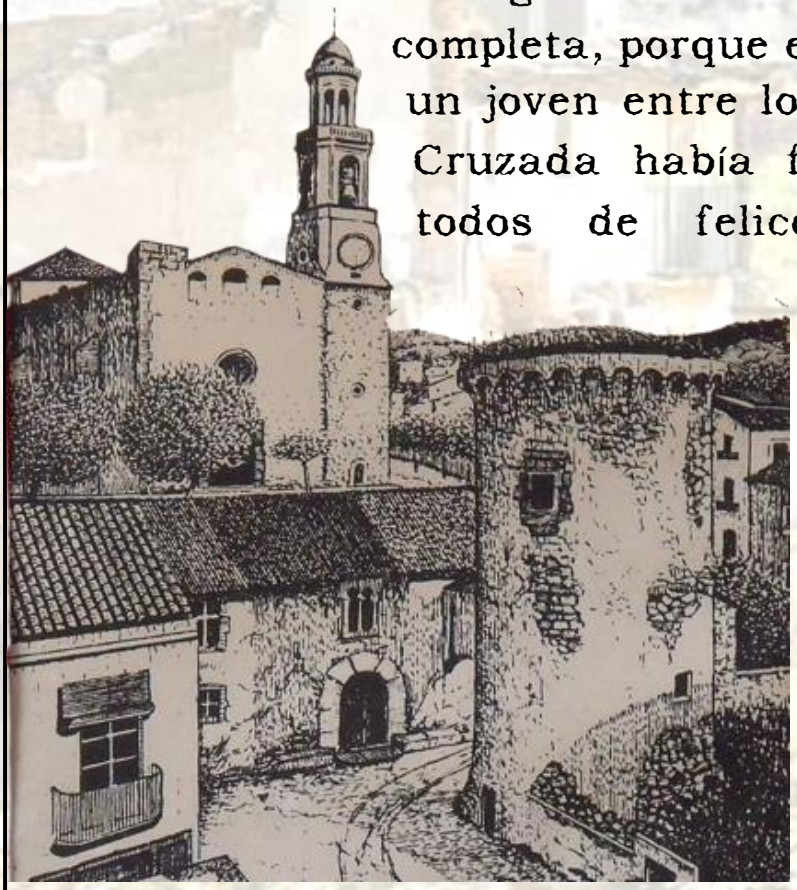
Juanito regresaba de los pastos de la montaña con su rebaño. Mientras iba descendiendo, pudo contemplar con sus propios ojos las idas y venidas del saqueo de la aldea, las persecuciones, los asesinatos, las torturas. También vio cómo se elevaba la primera lengua de fuego; al principio era muy pequeñita, pero de repente, se volvió enorme. Bajó ladera abajo a la carrera, para encontrar a su madre, pero ¿cómo podría hasta el centro de la aldea?

Consiguió entrar en su casa a toda prisa, y reunir sus pertenencias más queridas, mientras fuera los gritos iban en aumento. Salió de allí saltando por una ventana que daba al arroyo. Primero escuchó un disparo, luego un par de ellos, después toda una salva silbaba cerca de sus orejas; pero él conocía cada piedra del camino y logró huir a pesar de sufrir una persecución encarnizada. Y

cuando se sintió seguro entre unas zarzas y unas rocas, se sentó y observó cómo moría su pueblo.



¡Qué feliz había sido Juanito hasta ese momento!, mimado por su madre, sin ninguna preocupación, alegre como sus cabritas, a las que él había guiado todos los días por riscos y valles. Todos los días excepto el domingo. Ese día la alegría era aún más completa, porque el anciano Cura era como un joven entre los jóvenes. ¡Oh, qué bella Cruzada había fundado! ¡Cómo estaban todos de felices, unidos y fuertes, apretujándose codo con codo en torno al Amigo Divino oculto en la Hostia!



¡Y pensar que había bastado apenas una hora para destruirlo todo! El paso por allí de unos pocos rojos y todo había quedado aniquilado.

¿A dónde iría ahora?

Esta noche permanecería oculto en su escondrijo, pero al llegar la mañana, con mucha prudencia, intentaría encontrar a sus padres o a sus amigos.

¡Pobre Juanito! El fuego casi se había extinguido. De vez en cuando subía una llamarada que permitía ver las lágrimas que habían arado un surco blanco en su cara manchada por el hollín del incendio y el polvo que lo envolvió en su desesperada huida.

Sus ropas humildes y desgastadas por el uso apenas lo abrigan y empieza a tiritar con el aire frío de las montañas, mientras piensa en su mamá con gran aflicción. Felizmente para él, Juanito sabe que hay Alguien a su lado. Acostumbrado a la soledad de las inmensas praderas, gracias a los consejos del señor Cura ha adquirido la costumbre de vivir constantemente en la compañía de Aquel a quien recibía cada mañana ante el Altar antes de salir de la aldea. Seguía los consejos del anciano Párroco como mejor podía, teniendo en cuenta su edad, pero sobre hasta dónde se lo permitían sus cabritas, que estaban algo locas.

Juanito está muy solo, pero no completamente solo, y aunque de sus ojos salen abundantes lágrimas, en sus labios se dibuja una sonrisa como la que deben tener los ángeles y como tienen los niños buenos a los que tanto quería Jesús cuando vivió en Palestina. Ahora Juanito ha agarrado su rosario y se ha dormido, agotado. Sus lágrimas se han secado y su sonrisa es más fuerte. Sueña que su mamá está en el Cielo y lo llama. ¿Es de verdad un sueño?, ¿o es que las madres que están en el Cielo no llaman siempre a sus hijos?

No ha amanecido aún, cuando Juanito, completamente entumecido por el frío, es incapaz de seguir conciliando el sueño.

Lentamente vuelve a la realidad y poco a poco van desfilando de nuevo ante a él todas las horas de la jornada precedente. Entonces se levanta con dificultad y se pone en seguida de rodillas para rezar su oración de la mañana, igual que lo hizo ayer, y del mismo modo en que lo hace todos los días. Esos labios agrietados por el frío y ese corazón martirizado comienzan como de costumbre el nuevo día, que ha nacido por una gran gracia. Sí, siempre es una gracia, suceda lo que suceda. Rojos inhumanos podréis incendiar, saquear y

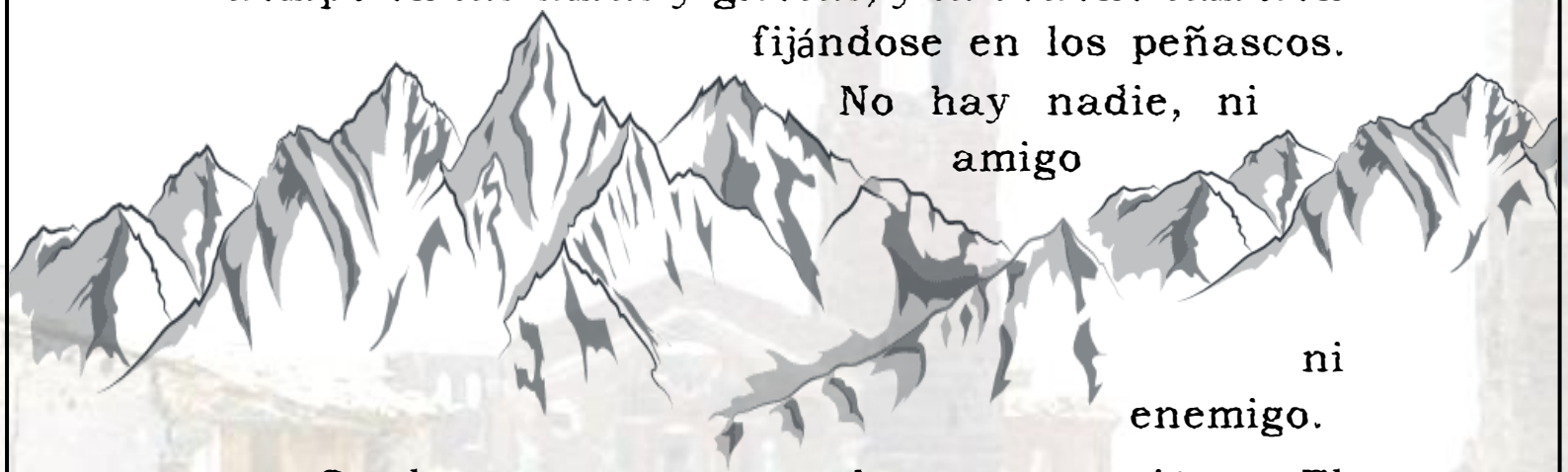
masacrar, pero a los auténticos cristianos, incluso si sólo tienen 13 años, no podréis desmoralizarlos.

El sol está tardando en salir. Juanito querría moverse algo y caminar para combatir el frío, pero en la oscuridad puede encontrarse con demasiados peligros. Muerto de frío, se acurruca recitando un rosario; se queda dormido unos instantes y en seguida, se despierta otra vez. Por fin, la noche se va haciendo menos sombría y poco a poco una débil claridad se dibuja en la lejanía. Ya se puede saber cuál será la dirección por la que saldrá el sol.

Las ruinas de Pobleto van apareciendo poco a poco. ¡Qué dolor tan terrible contemplar la aldea, que ayer mismo era tan feliz! No hay ni un solo movimiento por sus calles, ni por sus alrededores. ¡Ya no hay nada!... ¡Sí, un momento!, allí hacia la derecha hay una figura que trepa; es una cabra que busca su establo o a sus cabritillos.

¡También los animales sufren la crueldad de los hombres!

Juanito observa metódicamente las laderas de las montañas. Detiene su mirada durante bastante tiempo en las simas y grietas, y la detiene también fijándose en los peñascos. No hay nadie, ni amigo ni enemigo.



Se levanta con mucha precaución. El cuerpo se le ha quedado rígido, hasta se le ha dormido un pie. Da algunos pasos con mucho cuidado, y después baja corriendo pendiente abajo hacia Pobleto. Olvidada la prudencia, es su corazón quien lo llama, así que corre incluso poniéndose en riesgo de ser recibido por varios disparos.

Pero no, aquellos salvajes ya no tenían nada que hacer en la aldea devastada y nuestro Juanito pudo recorrer con tranquilidad y en paz las pobres ruinas, todavía calientes. Buscando aquí y allá reconoció, extendido entre los restos de mobiliario y los útiles de labranza ya destrozados, un cuerpo terriblemente mutilado.

Cuando llegó a las ruinas de su casa, donde había pasado tanto tiempo, las inspeccionó infructuosamente; no quedaba nada; las vigas de

las paredes estaban inclinadas, a punto de derrumbarse.

Al menos tuvo el triste consuelo de no reconocer a su madre entre aquellos que yacían sin vida por los suelos. Esa mujer tan valiente habría quedado sepultada tal vez bajo los escombros y los montones de piedras.

El hambre lo atormentaba, pues desde la víspera a mediodía no había comido nada, pero ¿qué iba a encontrar en medio de esa destrucción? ¡Oh, vaya! ¡Qué oportunamente aparece por allí una vieja cabra! ¡Si pudiera atraparla, la ordeñaría para beber algo de leche caliente! Todavía estaba espantada por la agitación del día precedente, y el animal no permite que se le acerque. Como es muy vieja, se para un poco para tomar aliento después de un pequeño rato al trote, pero cuando se da cuenta de que su perseguidor se le aproxima, reemprende la huida, agotada, pero valiente, sin dejarse agarrar. Juanito se esfuerza en vano. Renuncia a su intento y se encarama sobre la viga de una pared. Desde allí observa nuevamente,

Ordenanza del requeté

Todo Pelayo está llamado a ser soldado de la Tradición.

«La gesta de los requetés en la Cruzada de Liberación nunca será suficientemente ponderada»

S.A.R. D. Sixto Enrique de Borbón

«PRÓLOGO»

El término «requeté» procede de la tercera guerra carlista donde se designaron con ese nombre algunas unidades del ejército de **Carlos VII**. Su uso se hizo oficial en la **Comunión Tradicionalista** al principio de la Segunda República cuando el **Rey Jaime III** decidió encuadrar en una organización de tipo militar a los jóvenes más entregados y decididos en la lucha callejera para defender las iglesias y repeler las agresiones de las izquierdas contra las concentraciones carlistas. De 1931 en adelante, la acción de esos jóvenes había adquirido un papel cada vez más importante. Manuel Fal Conde, nombrado Secretario Regio General en 1934, decidió por tanto establecer una **Delegación Nacional del Requeté** a cuya cabeza puso a José Luis Zamanillo que, junto al General Varela, lo reorganizaron hasta darle la estructura que lo convirtió en puntal imprescindible a la hora de preparar el

Alzamiento.

El 22 de septiembre de 1936, dos meses después de iniciado el levantamiento y seis días antes de su muerte, el **Rey Alfonso Carlos I** felicitaba con estas palabras a Zamanillo por el alzamiento y por las primeras acciones del **Requeté** durante la guerra:

*El valor de nuestro **Requeté** me entusiasma; es la admiración de **España** y del extranjero, porque si, como espero, **Dios** mediante, triunfamos en esta campaña, se debe el triunfo en gran parte al arrojo de nuestros carlistas. El número de éstos debe ser ahora de unos 70.000 y si pudiéramos tener los de Valencia, Murcia y Cataluña, aumentaría el número en gran escala.*

Hoy podrá añorarse la oportunidad de lucha abierta que se les brindó a aquellos hombres, pero nada de lo que contiene la **Ordenanza del Requeté** ha pasado a la historia. Ni el espíritu de entrega a **Dios**,

de obediencia a la autoridad, de sacrificio por el bien común de la **Patria**, ni el de defensa de la **Iglesia** y de lealtad al **Rey** han dejado de ser una obligación para todo carlista, cualquiera que sea la situación en que se halle.

Todo ello ha de llevarlo a la práctica día a día, pero analógicamente acomodado a nuestra época. Porque si la Ordenanza pide la intrepidez para el combate, cuando el mando lo ordene, la tenacidad en la defensiva y el valor indómito y disciplinado en la ofensiva, también pide que seamos reducto inexpugnable ante el caos de la sociedad. Caos que hoy no se da tanto en una sociedad sometida a la anarquía física y a la presión revolucionaria, cuanto en la mente de los hombres interiormente esclavizados dentro de una sociedad de bienestar inoculada por el espíritu del mundo. Y luchar contra esto último cotidianamente y sin desmayo no es mucho menos difícil ni heroico que lanzarse de una vez al combate con la esperanza de una pronta victoria.

D. José Miguel Gambra
Ex Jefe Delegado de la Comunión Tradicionalista
y Caballero de la Orden de la Legitimidad Proscrita

ORDENANZA DEL REQUETÉ

Tú, **BOINA ROJA**,
eres Soldado de la Fe
y de la Santa Causa Tradicional.
Tu ordenanza fija tus deberes,
exalta tus principios
y te encuadra para ser útil.
TU TRILEMA PERMANENTE:
DIOS-PATRIA-REY

I DIOS

La Fe, fundamenta todas las virtudes del soldado «Boina roja».
Refuerza el espíritu, necesario a tu azarosa vida, con el culto a Dios.
Sírvele siempre.
Muere por Él, que morir así, es vivir eternamente.
Ante Dios nunca serás héroe anónimo.
La tradición habla a tu alma, purifica tus sentimientos y te acerca a Dios. Ella enseña a amar a la iglesia.
Sé siempre católico práctico, con conocimiento claro de lo que Dios desea para servirle, que es el fin esencial.
Tú soldado de la tradición, habrás de tener puesto en el Reino de Dios.

II PATRIA

Tu patria, es tu Nación; tu Nación, España.
España: Única e indivisible, en su rica variedad autárquica regional es:
Sublime arcano de tradiciones,
Relicario de grandeza,
Madre de Nuevos Mundos,
Luz de la Historia,
Albergue de Santidad,
Defensora de la Iglesia Católica.
España sin la Cruz, dejaría de ser España.
Estúdiala, para conocerla.
Conócela, para amarla.
Amala, para honrarla.
Ten presente que el más puro de los amores, después de Dios, es el de la Patria.

III REY

MONARQUÍA

Cimentada en la Cruz y rematada por la cruz. Altar de la Patria.

Continuidad en los gloriosos destinos de España. Antiliberal por naturaleza.

Antirrevolucionaria y guardadora del derecho, la justicia y la jerarquía.

EL REY

Tu Rey es el primer soldado de la tradición y personaliza las virtudes de la Monarquía genuinamente española.

Jamás absolutista, pero que reina y gobierna.

Verdadera autoridad y padre de los españoles.

El Rey en las instituciones tradicionales dio a la Patria la primera categoría de la Historia.

Los «Reyes» liberales la sometieron a poderes ocultos.

En la hora de las responsabilidades la dinastía legítima está libre de toda mancha.

El primer soldado de la tradición es el Rey de la Patria.

CUALIDADES Y DEBERES

Sé:
Caballero sin tacha
Espíritu disciplinado,
Esforzado en el servicio,
Celoso de tu reputación,
Voluntario para el riesgo,
Intrépido,

Excelente compañero,
Incapaz de pactos con sacrificio del ideal,
Subordinado y puntual como norma,
Fuerte, física y moralmente,
Jamás tibio, siempre imperturbable.

El «Boina Roja» cuyo propio honor y espíritu no le estimule a obrar bien, vale muy poco para el servicio de la Causa.

Sufre en silencio: el frío, el calor, el hambre, la sed, las enfermedades, las penas y las fatigas.

Haz de la paciencia el fondo de tus sufrimientos, y del valor el desahogo de tu paciencia.

Ten siempre presente que la investidura de soldado de la Tradición requiere ciega disciplina, y que esta virtud es el mayor de los deberes de todo «Boina Roja» y la principal condición de nuestras Instituciones.

Con la disciplina y con la observancia de tu glorioso trilema, serás digno del honor de llamarte «Boina Roja».

MISIÓN

De sostén y defensa de los ideales de la Comunión Tradicionalista.

De apoyo a la Autoridad, cuando la causa del orden lo exija y lo demande.

De captación a las filas en que te encuadres.

De intrepidez, cuando el Mando te lo ordene.

De tenacidad y serenidad en la defensiva.

De valor indómito y disciplinado en la ofensiva.

De reducto inexpugnable ante el caos de la Sociedad.

La suprema misión de este apostolado patriótico es ésta: «Dar la vida por la Causa, es el acto más fecundo y el servicio más útil».

RECLUTAMIENTO

Procedes de la elección entre los afiliados a la Comunión Tradicionalista.

Eres, por tanto, orgullo y heredero de tus gloriosos antepasados.

Te llamas «Boina Roja», porque eres soldado selecto, entusiasta, leal, y la Tradición tiene en ti el más fírme y valioso sostén.

Examina tu misión, recuerda viejas glorias, y verás cómo el pensamiento que te rige y el sentimiento que te anima, constituyen la substantividad que informó la existencia y origen de la España inmortal.

ORGANIZACIÓN

Si la moral del «Boina Roja» es el motor de la santa Causa, la organización forma el todo perfecto de las obediencias concertadas.

Dios, Patria, Fueros, Rey

DEVOCIONARIO DEL REQUETÉ

APROBACIÓN DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

Burgos, 5 de agosto de 1936

Aprobamos con Nuestra autoridad el presente Devocionario y concedemos cien días de Indulgencias a los que lean y practiquen lo en él contenido.

MANUEL, Arzobispo

«Tú, soldado de la
Tradición, habrás de
tener puesto en el reino
de Dios»

(De la ordenanza del Requeté)

PREÁMBULO

REQUETÉS: ¡firmes! Delante de Dios.

Rey y Señor de los pueblos, como soldados que sois de su Causa, ¡firmes!

La causa que defiendes es la causa de Dios.

Considérate soldado de una cruzada que pone a Dios como fin y en Él confía el triunfo.

Piensa que pretendes devolver a Cristo la Nación de sus predilecciones que las sectas le habían arrebatado.

Y si ahora reflexionas que al servicio de esa causa pones tu vida... admira la Misericordia divina que te ha puesto en la conciencia la luz de las cumbres que alumbra la ruta del mártir[1].

Tu heroísmo, tu aceptación del martirio junta en uno los ideales de Dios y Patria.

Si sublimas tu sacrificio por la piedad, si sobrenaturalizas tus actos, tú, requeté valiente, te conviertes en un lazo de unión entre el Cielo y la tierra.

Porque por dignación de la misericordia, haces a Dios tomar como Suya tu empresa, y por obra de la gracia, harás que España redimida tenga que postrarse ante el corazón de Jesucristo y entera y verdaderamente consagrársele.

[1] Siempre que usamos la palabra mártir lo hacemos en sentido lato, ya por la evidente licitud de los ideales humanos que perseguimos, ya porque en ellos ocupa el primer lugar la defensa de los derechos de Dios.

Llevas, por tanto, en tu corazón el fuego inextinguible del apóstol, y tus manos son, en la empresa salvadora, instrumento de la Omnipotencia de Dios.

¡Así es!... si tus actos patrióticos se encajan en la piedad.

Piedad que es sólida si se funda en:

La oración,

La abnegación de la voluntad, y

El amor a Jesucristo.

TU PRINCIPIO Y FUNDAMENTO

TU piedad antes de «rezadora» ha de ser práctica. El practicismo de la piedad, su principio y fundamento es la paz con Dios.

La paz de Dios es la vida del alma.

Se pierde esa gracia y se mata el alma por el pecado mortal.

Porque el pecado mortal es el mal mayor que existe y de suyo es único verdadero mal del hombre.

Pero se perdona por el sacramento prodigioso de la Confesión, único remedio habitual contra el pecado.

Siempre que lo necesites, confiesa.

En ese Sacramento, curas tus heridas del alma, como en Hospital de Socorro en el que la sangre que se derrama es la sangre preciosísima y regeneradora de Jesucristo.

Más, cuando no tengas a mano el confesor, acude a la contrición perfecta de tus pecados.

Arrepentimiento sincero de haber ofendido a Dios por ser Quien es, o sea, por ser ofensas gravísimas a Dios, que es infinitamente Justo y Bueno y Digno de ser amado. Dolor racional de tus pecados con propósito de enmienda y de confesarlos cuando se pueda.

Y santa paz del alma, porque es de fe que Dios perdona.

Cualquier fórmula o un simple "Señor pequé", si lo acompaña ese sincero dolor, es buena.

LA MISA Y LA COMUNIÓN

Cuando puedas, oye la Santa Misa y Comulga; si a diario puedes, a diario, más si no pudieras, no tengas pena, que no te obliga el precepto de la Misa sino cuando tus deberes del servicio lo permitan.

Muchos sacerdotes dicen sus Misas por ti y muchas almas por ti ofrecen sus comuniones.

LA VIDA DE ORACIÓN

A Dios debes el tributo de la oración. Pero además; de Dios necesitas Sus gracias y Su protección, que con la oración obtienes.

Tu oración ha de ser, reflexiva, sincera, de corazón.

Además, conviene que sea breve, sencilla, «militar».

AL LEVANTARTE O AL AMANECER:

Ofrecimiento a Dios de todo tu ser y de tus obras del día. Para ello te basta la oración de San Ignacio.

TOMAD, SEÑOR Y RECIBID TODA MI LIBERTAD, MI MEMORIA, MI ENTEN-DIMIENTO, MI VOLUNTAD; TODO MI HABER Y POSEER. VOS ME LO DISTEIS, A VOS SEÑOR LO TORNO, TODO ES VUESTRO, DISPONED DE TODO A VUESTRA VOLUNTAD, DADME VUES-TRO AMOR Y GRACIA, QUE ESTO ME BASTA. AMEN.

Padre nuestro...

Seguidamente saluda a la Reina de los ángeles con el «Angelus» o tres Avemarías.

DURANTE EL DÍA:

Vida de oración, muy posible en tu actividad guerrera es la de las jaculatorias breves. Jaculatorias excelentes son éstas:

«CORAZÓN DE JESÚS EN VOS CONFÍO»

«AVE MARÍA PURÍSIMA, SIN PECADO CONCEBIDA».

AL ANOCHECER:

Reza el «Ángelus». Vuelva el Ejército a saludar a la Madre de Dios, cuando el día declina, con el toque aquél sentidísimo de la oración. Inícienlo los Requetés tocando la oración cuando las circunstancias de la guerra lo permitan.

AL ECHARTE A DORMIR:

Un acto de contrición y esta oración seguida de padrenuestro, a San José.

SEÑOR Y DIOS MIO, YO DESDE AHORA ACEPTO DE VUESTRA MANO CUALQUIER LINAJE DE MUERTE QUE QUERÁIS ENVIARME CON TODAS SUS ANGUSTIAS, PENAS Y DOLORES[2].

[2] Su Santidad Pío X, con fecha 9 de marzo de 1904 concedió Indulgencia plenaria para la hora de la muerte a cuantos en vida hicieran, siquiera una vez, el acto de aceptación de la muerte. Sin que se requiera fórmula especial. Está, además, indulgenciada su repetición, con siete años y siete cuarentenas de Indulgencias por decreto de 17 de noviembre de 1916 y 28 de Junio de 1927.

LA DEVOCIÓN A LA VIRGEN

Haz cuanto puedas por rezar el Rosario cada día y si es junto con otros multiplicas el valor de tu oración y de tu filial amor a la Madre de Dios. Lleva su escapulario y una medalla. Sea cual fuere su advocación, la Virgen te acompaña. Pero en especial, invócala en la del Pilar de Zaragoza.

OTRA JACULATORIA

Hay una oración especial y poderosa por la Patria. Es la oración que podemos hacer en el ¡Viva España! Si sabemos elevar el corazón a Dios cuando gritamos ese ¡viva! entusiasta, estamos pidiendo a Dios que España viva, que se salve, que vuelva a ser Suya.

Constituid, por la intención en oración ese grito del alma, y siempre que en vuestro saludo, en vuestra exaltación patriótica, en vuestra entrada en fuego, claméis el ¡viva! enardecedor, estaréis pidiendo y orando.

Y algo más. Cuando en tus carnes la metralla hiere y cuando tu sangre corre y cuando ves írsete la vida, tu ¡Viva España! sobrenaturalizado con la suavidad mística de la jaculatoria, equivale al acto de voluntad de entrega a Dios como partecita del precio de adquisición de esta gracia: la salvación de España.

¡Corazón de Jesús! ¡Virgen Santísima del Pilar! ¡Santiago Apóstol! ¡Santos españoles!

¡VIVA ESPAÑA!

LA PRIMERA DEVOCIÓN

La mejor oración y la primera devoción es el cumplimiento de tus obligaciones militares. El que mejor cumple sus obligaciones militares es el mejor soldado. El que mejor ofrece a Dios esas obligaciones cumplidas, es el más piadoso soldado.

Ese es el mejor soldado de Cristo.

Tu disciplina.

Tu exactitud en el servicio.

Tu misión que te enseña la ordenanza:

«De intrepidez cuando el mando te lo ordene».

«De tenacidad y serenidad en la defensiva».

«De valor indómito y disciplinado, en la ofensiva».

«Sufre en silencio el frío, el calor, el hambre, la sed, las enfermedades, las penas y las fatigas».

LA CARIDAD

La caridad con el prójimo, es un más grave deber si la consideras en relación al compañero del Requeté, porque si a tu Jefe y tu compañero debes obediencia y caridad como superior y prójimo más obligado le estás en cuanto que son soldados de tu Patria.

Sírveles, sacrifícate por ellos, cuídales cuando caen heridos y jamás consientas que queden vivos o muertos en poder del enemigo.

Y... si le ves herido de muerte, sé su Ángel tutelar; búscale el confesor, y si no lo hallares háblale al oído palabras de contrición perfecta de los pecados, palabras de amor de Dios.

Entonces, sin dejar de ser soldado, haces de madre, de hermano, de confesor, de... ¡Cristo mismo! , que por tus labios pone en aquél corazón palabras de vida eterna.

A su cadáver ríndele el tributo que al del mártir. Cuando piadosamente le entierres, recoge de su ejemplo una enseñanza y un ansia de imitación.

Alimenta también en ti piadosamente, por causa de autoridad y no por sentimiento de justicia privada el propósito de vengarle para que su muerte fecunde en ti la decisión del heroísmo.

Recoge noticias de su comportamiento, para información de Jefes, amigos y familiares, y rechaza de ti toda pena, toda tristeza, todo luto, porque...

La muerte del justo es el principio de la vida. La muerte en guerra por Causa de Religión, piadosamente puede creerse de segura salvación eterna.

Y además, la vida de la Patria exige, necesita el sacrificio de la vida de los buenos patriotas.

ANTE LA MUERTE

PARA morir hemos nacido. Toda muerte es buena, si abre las puertas del cielo. La muerte en el campo de batalla es muerte ideal de las almas grandes.

Si te llega ese trance;

Llama al confesor.

Si no le hallares, haz un acto de contrición perfecta y quédate tranquilo y confiado en la Misericordia de Dios.

En la misericordia inagotable de Dios y en la protección de la Virgen. Besa su medalla.

No temas: descansa en la paz de Cristo como el que duerme; porque el que muere en Dios, descansa, descansa.

OTRO DEBER DE CARIDAD

FÍJATE bien. Donde pones una gota de pesimismo, cuando das lugar al derrotismo, cuando fomentas la tristeza y el desaliento, ¡cuánto daño haces al amigo y cómo perjudicas a la Causa!

El que fomenta la discusión sobre el acierto del mando, el que se cree estratega improvisado; el que da tregua a la confianza, está colaborando con el enemigo.

Este especial deber de caridad, es la alegría.

Quien tiene en el alma la paz de Dios y lleno el corazón de amores puros, no puede estar triste, debe estar alegre, como alegres están los ángeles del Cielo, como alegre es la victoria que esperas, y como alegre es el deber cumplido.

Canta nuestros himnos, anima con tu ejemplo, desecha todo pesimismo y hará al amigo el mejor servicio.

Dios, Patria, Fueros, Rey

tratando de descubrir a algún aldeano amigo, oculto quizá en los alrededores. Pero todos han muerto, han huido o han sido apresados. Nadie volverá en mucho tiempo a Pobleto.

Juanito recoge sus escasas pertenencias, y después de haber estado un rato de rodillas sobre el suelo de lo que había sido la iglesia, parte sin rumbo fijo, caminando todo recto por el primer sendero que se aparece ante él. Pero

recuerda que los rojos dominan ese territorio desde hace bastante tiempo. Sería de locos continuar por ese camino hacia ellos. En los montes, podrá encontrar a algunos pastores solitarios cuidando sus rebaños y se quedará a vivir con ellos esperando días mejores.

Junto a él discurre el arroyo de aguas claras y alegres que parecen cantar entre los guijarros. Juanito se echa al borde y bebe a grandes sorbos. Después, se lava un poco y continúa su camino subiendo hacia las cumbres. El sol, que se hizo esperar tanto por la mañana, ya está alto y calienta con toda su fuerza. Sobre las hierbas secas que crecen entre las rocas se siente un calor asfixiante, y el ascenso se hace muy duro, y más después de haber pasado la noche anterior sin haber probado alimento. Cada vez con más frecuencia, Juanito tiene que apoyarse en una roca para poder continuar su escalada; le hace falta redoblar el coraje.

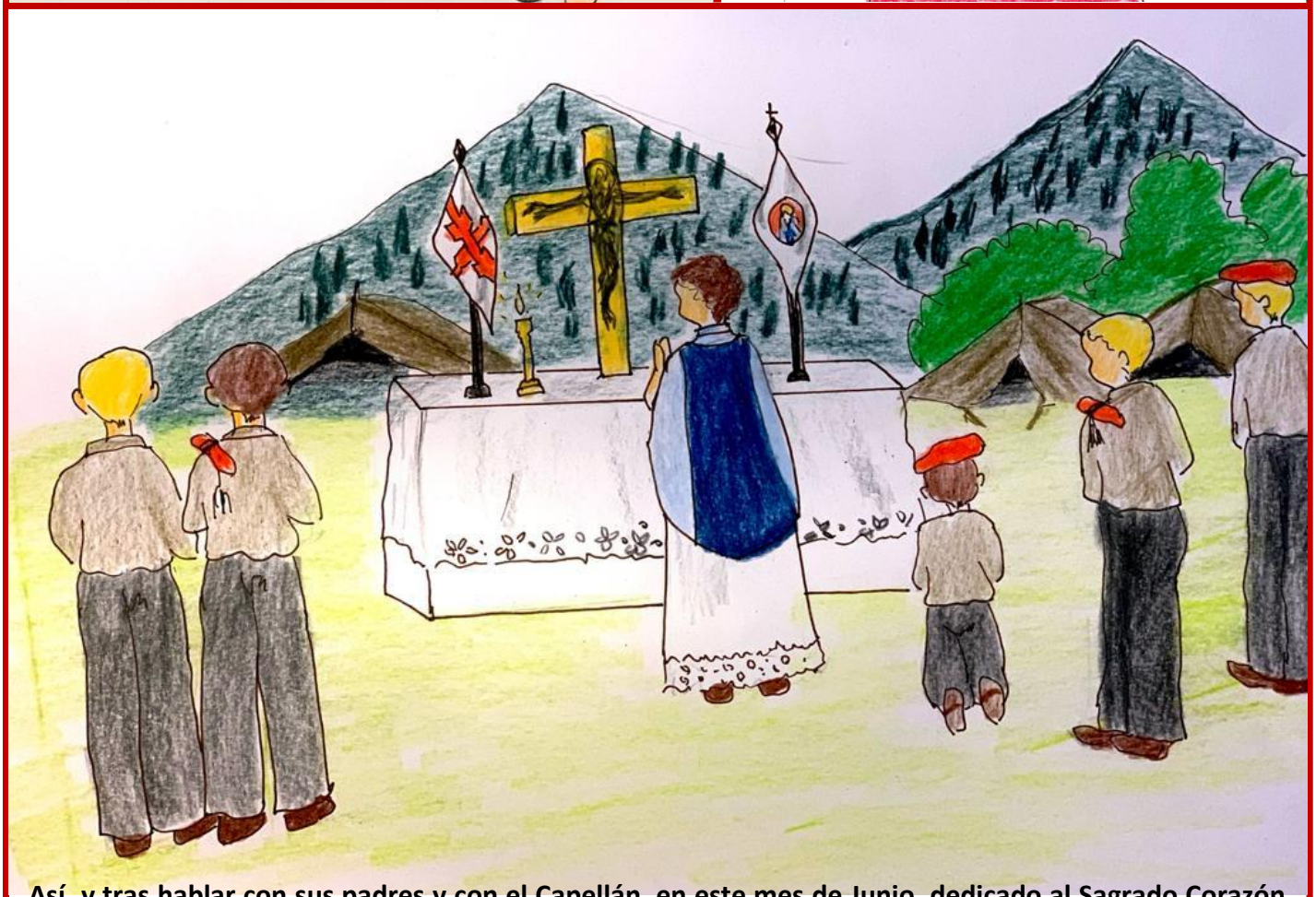
(Continuará)

Pelayos

Las Aventuras de Clara y Santiago

Después del éxito de Semana Santa, donde Clara y Santiago juntaron a sus amigos para sacar el Paso de Nuestro Señor, por fin llegan más boinas para todos.

Y fue Clara quien habló con todas sus amigas para que fuesen Margaritas. Y se lo dijesen a sus hermanos y ¡qué éxito!



Así, y tras hablar con sus padres y con el Capellán, en este mes de Junio, dedicado al Sagrado Corazón de Jesús, hicieron el propósito, en la Santa Misa, de seguir el ejemplo heroico de San Pelayo, porque como dice Santiago: ¡Somos Carlistas! ¡Somos Pelayos! Y él es nuestro Patrono.

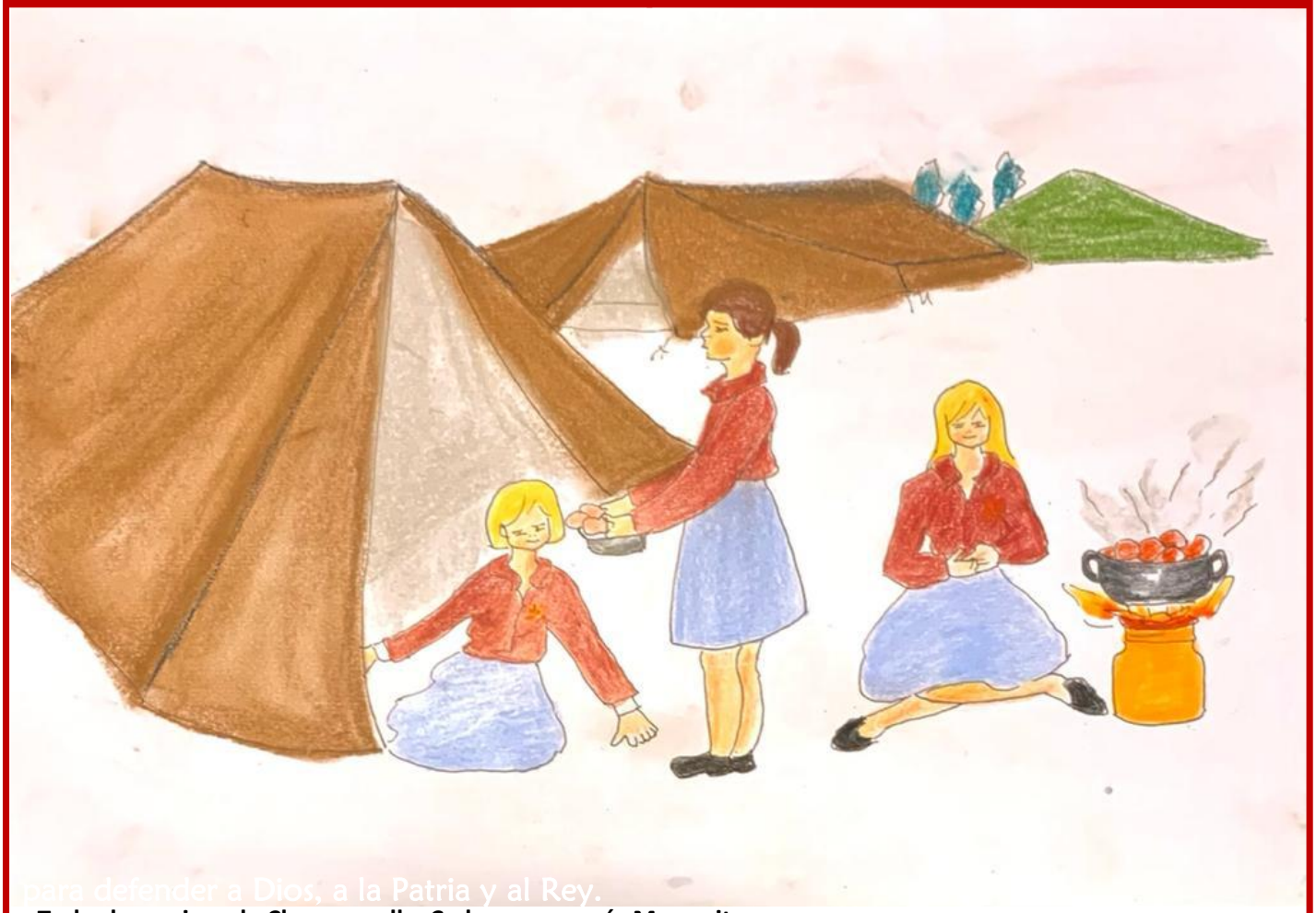
Y en verano, después de los exámenes, cuando estuvieran jugando, divirtiéndose o de acampada, no dejarían de serlo delante de los amigos.

Cuando se vayan de excursión...

¡Pelayos!

¿Quién va a adelantar a Santiago con su boina roja?

¡Siempre el primero! Siendo ejemplo de sus compañeros.



para defender a Dios, a la Patria y al Rey.

Todas las amigas de Clara con ella. Cada vez son más Margaritas.

Han sacado muy buenas notas en el curso y, naturalmente, ahora toca disfrutar el verano. Siempre que van de excursión se llevan sus boinas y el Devocionario, que salió en la Revista Pelayos. Porque para ser una buena carlista, hay que ser una muy buena católica.

- **De otra forma, ¿cómo iba el Rey D. Sixto confiar en nosotras? Le decía Clara a sus amigas.**

¿Y dónde encuentran toda esa energía y fuerzas, que parecen no acabarse nunca? En Cristo Rey.

Porque nadie más que los Carlistas, custodiamos el Sagrado Corazón de Jesús.

Formamos ante Él y defendemos su reinado.

Seguimos al Rey que nos ha designado como Abanderado de la Tradición.

Nadie más es fiel a Cristo Rey.

Es un honor del que cualquier Pelayo debe estar orgulloso.

PELAYOS
¡Este verano vamos a repartir la Revista Pelayos!
¡Seremos montones de Carlistas!
M.C.F 2022

Las Españas

Con sus boinas bien caladas, Clara y Santiago reflejaban en sus rostros la alegría de ser descendientes de aquellos aguerridos españoles que lucharon tantos siglos contra los moros, consiguiendo -al fin- echarlos de España.

D. Ignacio, apurando el primer café de los tres que solía tomar cuando iba a casa de sus amigos, sonreía al verlos tan dispuestos a volver a reconquistar Granada si fuera necesario, o emboscar al moro en las montañas de Covadonga o recuperar las campanas del Apóstol Santiago que robó el infiel Almanzor.

- ¡Viva la Virgen de Covadonga!, gritó Clara.

Al instante su madre, mirándola seriamente, le amonestó ante aquel grito que Clara intentaba fuera como llamada a la batalla a todos los Pelayos y Margaritas amigos suyos.

- ¡Por favor, Clara!, compórtate.

Santiago no pudo resistirse al empuje de su hermana y, de un brinco, blandiendo una espada imaginaria, se puso a dar vueltas por el salón como si fuera Garcilaso de la Vega.

-Siéntate Santiago. Dijo muy serio su padre.

Obediente, se sentó al lado de su hermana, para simular, ahora los dos a una, que eran ballesteros disparando sus flechas sobre el ejército sarraceno.

- ¡Viva España!, volvió Clara a proclamar, pero esta vez con voz más tenue para no desobedecer a su madre.

D. Ignacio, mientras, acariciaba a Jarrón que, en medio de tanta acción bélica y sin divisar enemigo alguno, no acertaba a estarse quieto dispuesto a morder al primer infiel que asomara por el pasillo.

- ¿Y sabéis desde cuando existe España, como tal?, interrumpió D. Ignacio, en medio de aquella batalla imaginaria que los hermanos libraban en el sofá.

Ante la pregunta, se quedaron en silencio, mirándose entre sí esperando que el otro algo contestara.

Jarrón, en vista del cambio de rumbo de aquel combate invisible y la sobrevenida paz, se sentó expectante, seguro de que algo más importante iba a suceder.

- ¿Os lo cuento?, preguntó D. Ignacio.

- ¡Sí!, exclamaron los hermanos a una.

No eran capaces de disimular los deseos de que D. Ignacio siguiera contándoles tantas cosas como sabía y que en el colegio no les enseñaban. Pero, sobre todo, para ir corriendo a compartirlas con sus amigos que, muchos de ellos, les tenían envidia por tener un amigo de la familia como él, que les hacía vivir y sentir la Historia de las Españas.

-Un 8 de mayo del año 589, en la ciudad de Toledo…

- ¡Cuánto tiempo!, interrumpió Santiago.

Pero esta vez quien le riñó fue su hermana, al cortar la historia nada más empezar.

- ¡Santiago!

-El Rey Recaredo, rey de los visigodos, se convirtió al catolicismo, abandonando y persiguiendo una herejía que destruía la Fe, el arrianismo. Prosiguió D. Ignacio.

- ¿Arrianismo?, preguntó Clara, que nunca había oído esa palabra.

-Sí, Clara. Hubo un obispo que se llamaba Arriano, hereje, que mantenía que Jesús era menos que Dios Padre. Muchos creían esa herejía, abandonando la verdadera Fe. Aclaró D. Ignacio.

-Qué miedo. Afirmó Clara.

-Mucho -reafirmaba D. Ignacio-. Ayunaron los 72 obispos que acudieron, tres días. El día 8 de mayo se reunieron y se sentó el Rey entre ellos. Rezaron una oración y al acabar, el Rey anunció su conversión a la religión verdadera, la Católica. Los obispos se alegraron muchísimo y todos los que allí estaban. Acto seguido, el Rey mandó a un notario que leyera en alta voz una declaración que él mismo había escrito en la que se condenaban las enseñanzas del hereje Arrio y a continuación reconocía la autoridad de los Concilios de Nicea, Constantinopla, Éfeso y Calcedonia.

Los hermanos abrían los ojos cuanto podían: un rey, herejes, notarios, Concilios… se habían olvidado de los moros absortos ahora en la nueva historia.

- Ese documento iba firmado por el Rey y, naturalmente, por la Reina, que se llamaba Baddo. Era tal la alegría que los obispos aplaudieron y aclamaron a Dios y al Rey, y uno de ellos se dirigió a los participantes en el concilio para que condenaran la herejía de Arriano, para que todas las almas salieran del error y así poder salvarse.

No pudo resistirse Santiago:

-Qué malo era ese obispo Arriano.

-Es verdad -replicó inmediatamente su hermana-, pero menos mal que estaba el Rey.

-Y en ese momento nació España, católica y monárquica. Sentenció D. Ignacio.

- ¡Viva el Rey!, soltó emocionada Clara.

Santiago se levantó, y de pie, poniéndose firme en medio del salón, decidió hacer de Rey Recaredo:

-Yo, el Rey, condeno al hereje Arriano a no ser español.

Jarrón se sumó al juego, poniéndose de pie para sentarse al lado de Santiago, como si de un león se tratase, dispuesto a enfrentarse a ese tal Arriano, en vista de que los moros no asomaban.

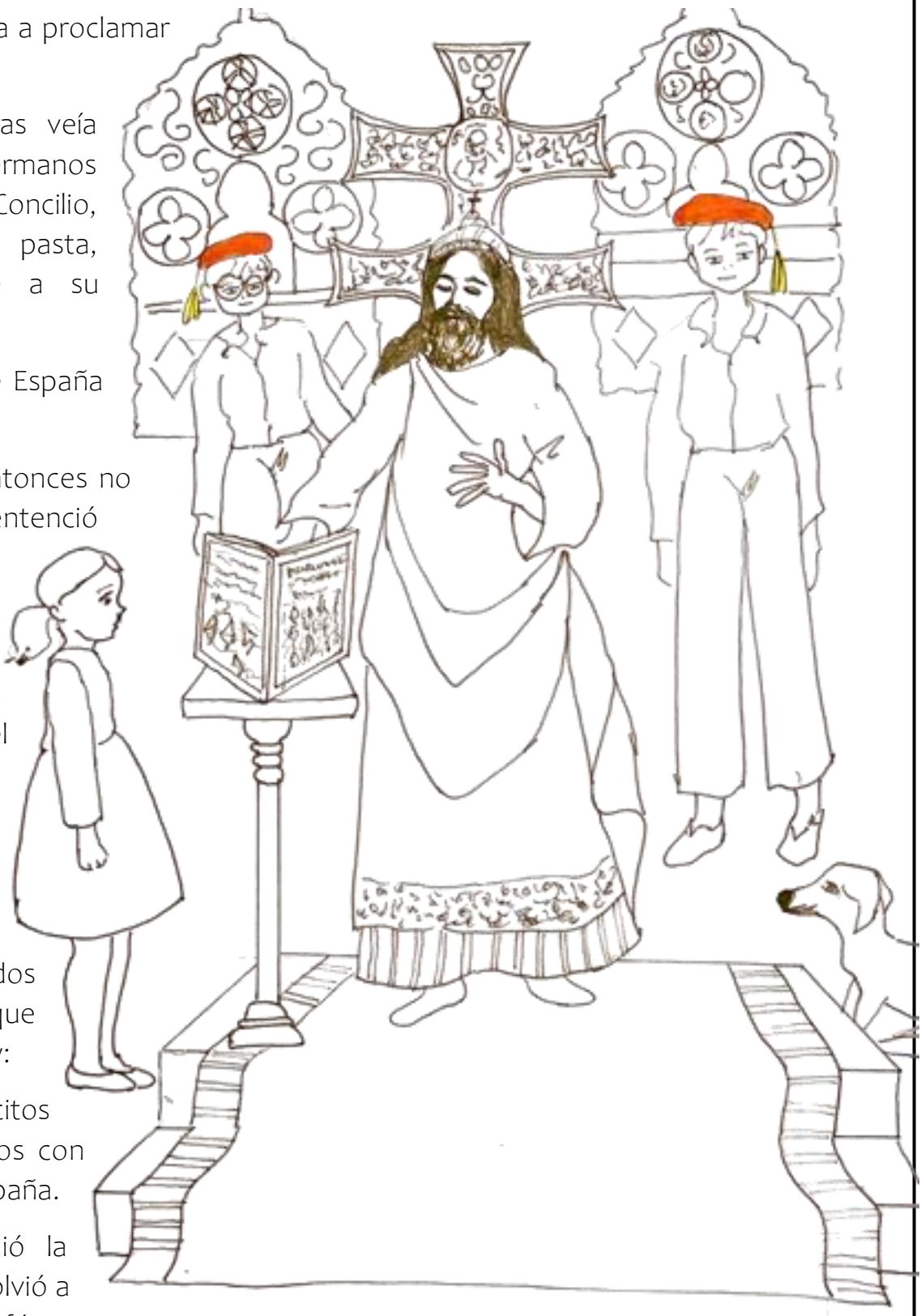
- ¡Viva el Rey!, volvía a proclamar Clara.

D. Ignacio, mientras veía como los hermanos escenificaban el Concilio, tomaba otra pasta, mirando sonriente a su joven auditorio:

- ¿Ya sabéis porque España es católica?

- ¡Claro!, porque entonces no sería España. Sentenció orgulloso Santiago.

Ante tal proclama de su hermano, que seguía escenificando ser el Rey, Clara retomó las ballestas imaginarias y, llamando a Jarrón, se dispuso a plantar cara a todos aquellos que contradijesen al Rey:



- ¡A mí los ejércitos cristianos! Acabemos con los enemigos de España.

D. Ignacio extendió la mano, sonriente, volvió a coger la tacita de café para acompañar la pasta, mientras esperaba que aquellos jóvenes Pelayo y Margarita acabasen con todos los enemigos que en el salón se encontrasen.

Madre de La Hispanidad

Nuestra Señora de la Caridad del Cobre

En el año 1620, dos hermanos, Rodrigo y Juan de Hoyos, vivían en el hato de Barajagua, en el término real de la Minas del Cobre, provincia de Santiago de Cuba.

Sus tareas consistían en la pesca y en la búsqueda de sal. Pero un día, como otro cualquiera, salen en su embarcación rumbo a la bahía de Nipe, esta vez en busca sólo de sal. Los acompaña Juan Moreno, niño negro de unos diez años. El tiempo era apacible para la embarcación, y animaba a la conversación mientras surcaban las aguas cristalinas. Al llegar a la desembocadura del río Mayarí, se detienen en cayo Francés.

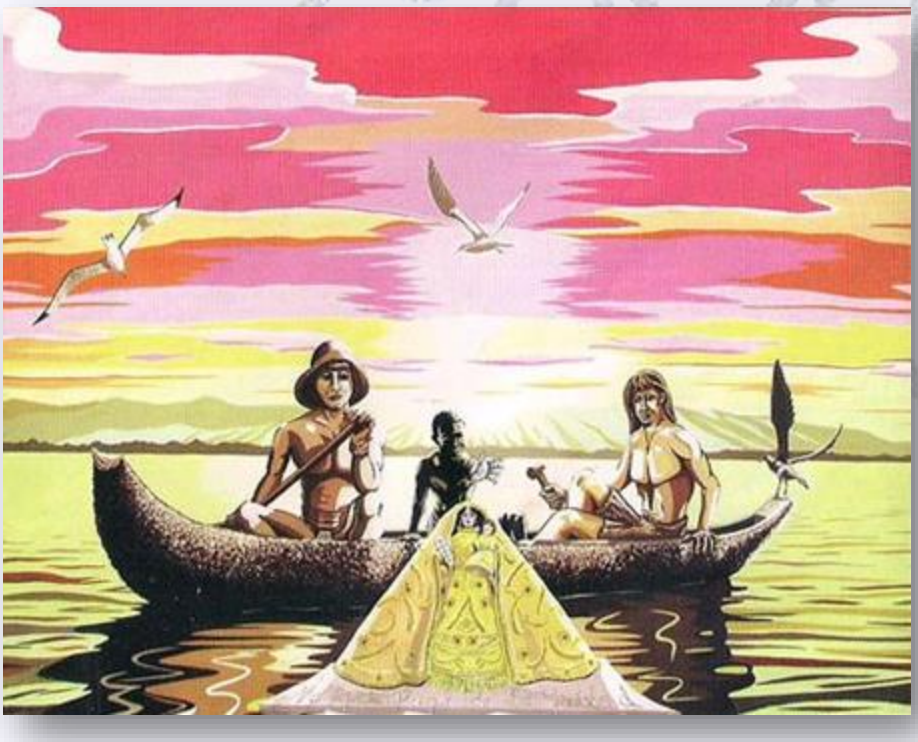
Mientras descansan por el recorrido hecho, el mar se embravece, por lo que la prudencia enseña que lo mejor es esperar a que amaine. La tormenta duró más de lo esperado y, ya por fin, al amanecer del tercer día se tranquilizan las aguas, pudiendo ya reanudar el viaje.

La barca navega con bonanza. Cuando apenas se han alejado del cayo, uno de ellos avisa de que hay «algo» que flota sobre las olas... ¿algún naufragio? ¿algún resto de la tormenta arrastrado por las corrientes? El sol se refleja sobre la superficie de las aguas y no deja divisar bien de que se trata, pero ciertamente hay «algo» flotando.

Los jóvenes, a los que hoy se les conoce como «los tres Juanes», llenos de curiosidad, ponen rumbo hacia él y observan que es una imagen de la Santísima Virgen María. Se acercan y con gran amor y acatamiento la introducen en la barca.

Pero dejemos que lo cuente el pequeño Juan Moreno, que describió en 1687 (cuando tenía ochenta y cinco años) lo ocurrido:

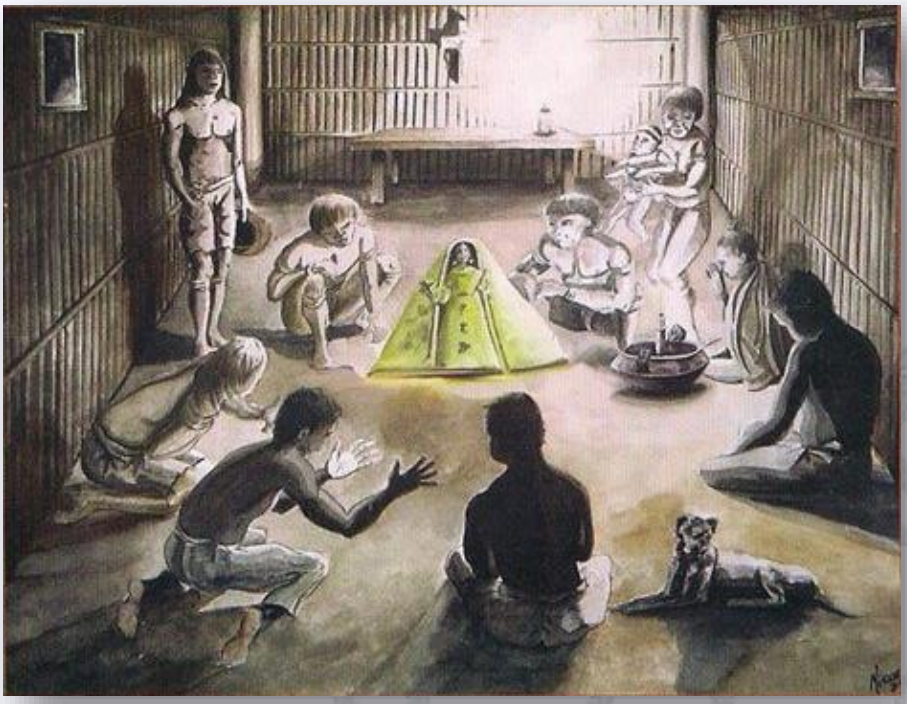
«...habiendo ranchado en cayo Francés que está en medio de la bahía de Nipe para con buen tiempo ir a la salina, estando una mañana la mar calma salieron de dicho cayo Francés antes de salir el sol, los dichos Juan y Rodrigo de Hoyos y este declarante,



embarcados en una canoa para la dicha salina, y apartados de dicho cayo Francés vieron una cosa blanca sobre la espuma del agua, que no distinguieron lo que podía ser, y acercándose más les pareció pájaro y ramas secas. Dijeron dichos indios "parece una niña", y en estos discursos, llegados, reconocieron y vieron la imagen de Nuestra Señora la Virgen Santísima con un Niño Jesús en los brazos sobre una tablita pequeña, y en dicha tablita unas letras grandes las cuales leyó dicho Rodrigo de Hoyos, y decían: "Yo soy la Virgen de la Caridad", y siendo sus vestiduras de ropaje, se admiraron que no estaban mojadas. Y en esto, llenos de alegría, cogieron sólo tres tercios de sal y se vinieron para el Hato de Barajagua...»

El administrador del término Real de Minas de Cobre, Don Francisco Sánchez de Moya, ordenó levantar una ermita (con guano y tablas) para colocar la imagen y estableció a D. Rodrigo de Hoyos como capellán.

Una noche D. Rodrigo fue a visitar a la Virgen y notó que no estaba allí. Se organizó una búsqueda, pero sin éxito. A la mañana siguiente, y para la sorpresa de todos, la Virgen estaba de nuevo en su altar, sin que



se pudiera explicar, ya que la puerta de la ermita había permanecido cerrada toda la noche.

El hecho se repitió dos o tres veces más hasta que los de Barajagua pensaron que la Virgen quería cambiar de lugar. Así se trasladó en procesión, con gran pena para ellos, al Templo Parroquial del Cobre. La Virgen fue recibida con repique de campanas y gran alegría en su nueva casa, donde la situaron sobre el altar mayor. Así llegó a conocerse como la Virgen de la Caridad del Cobre.

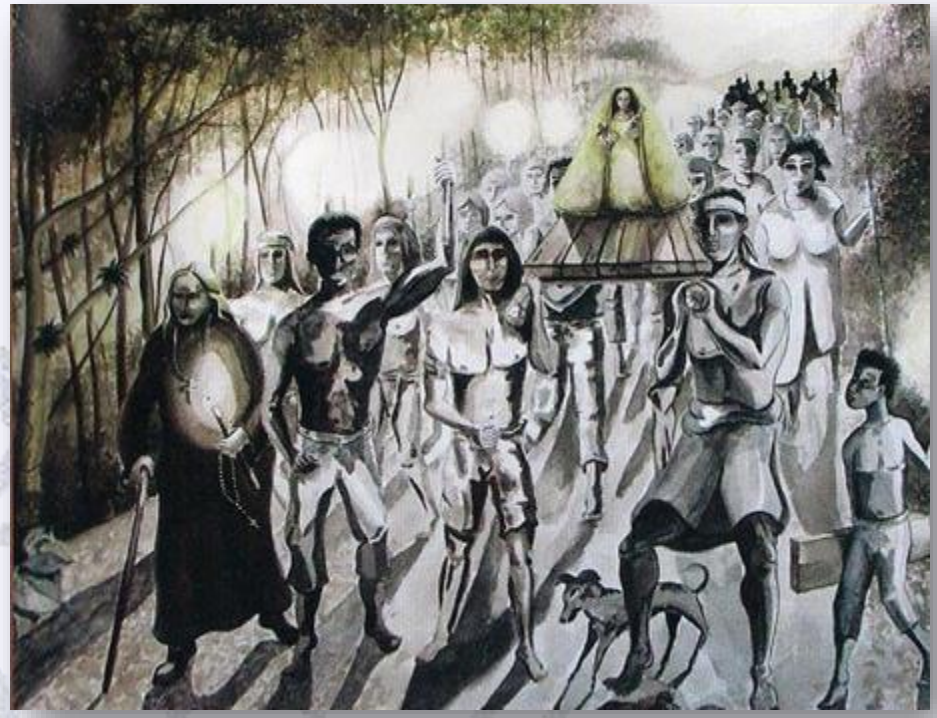
Pero en el Cobre se repitió la desaparición de la Virgen. Pensaron entonces que Ella quería estar sobre las montañas de la Sierra Maestra. ¿Pero cómo saberlo con certeza?

Una niña llamada Apolonia subió hasta el cerro de las minas de cobre donde trabajaba su madre. La niña iba persiguiendo mariposas y recogiendo flores cuando, sobre la cima de una de las montañas vio a la Virgen de la Caridad. Y corriendo se lo comunicó a su madre.

La noticia corrió como la pólvora: unos creían, otros no, pero la niña se mantuvo firme en su testimonio. Y en procesión solemne a allí llevaron a la Virgen.

Con los años se construyó un recinto mayor para construir un nuevo santuario que pudiese acoger el ingente número de peregrinos

que acudían a su Madre, haciéndose la inauguración, con el traslado de la Virgen el día 8 de septiembre de 1927.



En documento firmado el día 10 de mayo de 1916 por el Cardenal Obispo de Hostia, Su Santidad Benedicto XV declaró a la Virgen de la Caridad del Cobre Patrona Principal de Isla de Cuba y fijando su festividad el 8 de septiembre.

Catecismo
Juventudes Tradicionalistas

DIOS

1.- ¿Cuál es la divisa de la Comunión Tradicionalista?

Dios, Patria y Rey. La escribieron nuestros padres, que constituían la España católica y monárquica.

2.- Por qué decís que fue escrita por nuestros padres?

Porque la heredamos de nuestros mayores como rico patrimonio, como Ley fundamental del Reino, como lema glorioso de nuestras banderas, como grito de guerra contra nuestros enemigos.

3.- ¿Tiene la sociedad, como el individuo, el deber de dar culto a Dios?

Lo tiene. La sociedad humana fue constituida por Dios, autor de la naturaleza, y de El emana, como de principio y fuente, toda la copia y perennidad de los bienes en que la sociedad abunda.

4.- ¿Qué religión ha de profesar el Estado?

Siendo necesario al Estado profesar una religión, como afirman los grandes Doctores, ha de ser la Católica, Apostólica y Romana, por ser la única verdadera.

5.- ¿Puede un tradicionalista ser liberal?

No puede serlo, porque el liberalismo arranca del Protestantismo y desciende en línea recta de los réprobos principios de Lutero, siendo uno de los principios a que obedece la negación de Dios en la gobernación de las cosas del mundo. Sin ser liberal se puede, y aún se debe, amar la verdadera libertad, que es hija de Dios.

6.- ¿Cómo calificaba Pio XI al liberalismo católico?

De «peste la más perniciosa, error insidioso y solapado, verdadera calamidad social, pacto entre la justicia y la iniquidad, pérfido enemigo, etc.».

7.- ¿Qué nos impone el deber de ser católicos?

El de profesar abierta y constantemente la doctrina católica y propagarla cada uno según su saber y sus fuerzas, como también el de ser hijos sumisos del Papa y demás autoridades de la Santa Iglesia.

8.- ¿Deben los tradicionalistas defender la Unidad Católica?

Sí. Es nuestro mayor timbre de gloria; y aún políticamente hablando, es el medio más eficaz para que haya unidad y unión en toda España. No por otro motivo, sino por este solo, es tan combatida y la profesan tanto odio los sectarios y los incrédulos. Esto no obstante, sabemos muy bien que el creer ha de ser obra del entendimiento y de la voluntad por medio de la gracia divina, y que nada debe ser tan voluntario como la religión, la cual, por lo mismo de ser forzada, sería nula. No así entienden la libertad los liberales, que nos quieren hacer laicos a la fuerza.

¡Sabías qué?

San Pelayo

Nacido en la actual Galicia, a orillas del Miño; solía jugar con los otros chicos en el pórtico de la episcopal de Tuy. Era sobrino del obispo Hermogio; por eso estudiaba gramática en la escuela junto a la catedral, donde se iba aprendiendo el salterio día a día; también en los días más solemnes se unía al canto mozárabe y actuaba como monaguillo en las funciones litúrgicas.

Era casto, sobrio, apacible, prudente, atento a orar, asiduo a la lectura, no olvidadizo de los preceptos del Señor, promotor de buenas conversaciones, no

participante en las malas, no proclive a la risa, hábil en la interpretación y expedito en la doctrina.

Pero aquello quedaba ya lejos. Ahora lo habían metido en la cárcel de Córdoba, donde los cuerpos de sus compañeros estaban sujetos con cadenas y grilletes; aquellos esclavos daban un hedor nauseabundo, pero a todo se acostumbra uno; un guardia con látigo iba a por ellos para llevarlos a sus tareas de arreglar jardines, limpiar mezquitas, atender los baños, arrimar tierra y amontonar ladrillos para las construcciones. Al regreso contaban que era inabarcable el trabajo que había en aquella ciudad enorme.

A Pelayo le habían dicho que le llevaban a ver al tío, y no le mintieron del todo, porque vio a Hermogio que estaba en la prisión, ya enfermo y hecho un viejo. Lo habían apresado el año anterior en la batalla de Val de Junquera (920) y desde allí lo llevaron a Córdoba. Pelayo era su rescate porque, al no llegar el oro, más valía un joven que un viejo.

El niño pensó que aquella situación acabaría pronto; así se lo aseguró su tío, pero con lo enfermo que iba al pasar el Duero, nada más llegó a saberse del obispo. Es verdad que de vez en cuando venían oleadas de prisioneros nuevos; pero en los cuatro años que pasó en la prisión, cada día repetía al anterior y fijaba al de mañana. Pelayo tenía permitido estar en otras estancias mientras sacaban a los mayores para el trabajo diario; como no había alborotado, ni dado un problema, ni se había unido a ninguna insurrección, hasta se había ganado la confianza de sus guardianes; pasaba bastante tiempo leyendo códices a escondidas y por la noche preguntaba lo que no entendía a los

clérigos presos. Aprendió a discutir con carceleros y con los dueños de las casas ricas donde lo pusieron a trabajar de día; supo atraer su simpatía y respeto. Aquel chico valía la promesa de dinero.

Comprendió la corrupción generalizada de Córdoba, que a la vez era fortaleza, poder, arte, libros, bullicio, mercado con una gran cantidad de gente que compraba y vendía, reía, vociferaba más que hablaba, estaba contenta, y con frecuencia escuchaba a poetas que solían cantar las gracias de los mancebos. Tuvo tiempo de ver la confusión moral generalizada del lugar donde vivían hacinados los trabajadores esclavos y los presos sometidos a condena, y allí mismo necesitó energía heroica para guardar su pureza. Por eso decía «*Dios quiera que no me vea en apuros más terribles*». Porque allí se enteró de que los altos cargos se compraban con la prostitución de las conciencias; sí, al renegar de la religión venían sin mucho esfuerzo las casas, los palacios con esclavos del mediterráneo o judíos comerciantes de Alemania o de Francia, oro y tierras. Era la política de Abderramán III, que los hacía instrumentos útiles y manejables al cambiar de religión y prestarle infames servicios.

El joven Pelayo no cedió cuando lo llamaron a prestarlos aunque lo llevaran con protocolo al fastuoso ambiente cortesano, donde había alfombras y tapices, vasos de plata, aromas exóticos y guardianes sudaneses. Iba todo bañado, limpio, elegantemente vestido y perfumado; pero al conocer que iba a ser presentado al degenerado de Abderramán, rasgó sus vestiduras. Y así lo presentaron ante el emir, el Victorioso, hombre dominado por la sensualidad, aunque los historiadores

lo alaben por su corazón bondadoso. Las promesas de honor, riqueza y poder si se hacía musulmán se quedaron pequeñas:

«Niño, te elevaré a los honores de un alto cargo, si quisieres negar a Cristo y afirmar que nuestro profeta es auténtico. ¿No ves cuáles y cuántos reinos Nos poseemos?». El cual sigue diciendo: *«Además te daré una gran cantidad de oro y plata, vestidos los mejores, adornos preciosos. Recibirás, en tal caso, para ti, de estos jovencitos el tipo que eligieres, a fin de que te sirva a tu gusto, según tus principios. Y encima, te ofreceré pandillas para habitar con ellas, caballos para montar, placeres para disfrutar. Por otra parte, también sacaré de la cárcel a cuantos desees; e incluso a tus padres, si tú quieres, después de llamarlos para este país, les otorgaré honores inconmensurables»*.

Rápido y seguro replicó Pelayo:

«Soy cristiano y lo seré. Tus riquezas no valen nada. No voy a renegar de Cristo que es mi Señor y el tuyo, aunque tú no lo quieras».

Se levantó Abderramán con el ánimo de tocarle, y nuestro joven retrocedió exclamando:

«Atrás, perro, ¿crees que soy como esos jóvenes infames que te acompañan?». *Y rezó: «Señor, líbrame de las manos de mis enemigos»*.

Una catapulta de guerra lo lanzó desde un patio del alcázar hasta la otra orilla del Guadalquivir; como aún vivía, un guardia negro le cortó la cabeza con la espada. Era el primer cuarto del siglo X.

Su cuerpo fue trasladado a León, y más tarde a Oviedo, donde se veneran actualmente sus reliquias en el monasterio de benedictinas que lleva su nombre.

Los «perversos» no se inventaron en el siglo XXI. Ni los mártires. Ya ves, Pelayo, cuando tanto perverso de uno y otro sexo campea hoy gritando por sus derechos, tú te quedas en la Historia como ejemplo de los que mueren por no querer serlo.

Según otras fuentes, San Pelayo fue mutilado y descuartizado antes de decapitado. Los sodomitas y los mahometanos se han distinguido siempre por lo satánico de su crueldad y de su odio.

«Somos niños los pelayos;

más seremos sin tardar

los soldados más valientes

que a su Patria salvarán»

Ruega por nosotros San Pelayo, Santo patrón de los niños y jóvenes carlistas.

¡VIVA SAN PELAYO!

¡VIVAN LOS PELAYOS!

¡VIVAN LAS JÓVENES MARGARITAS!

Pelayos

Trivial

- ¿Quiénes se unieron a Cortés en su primera expedición sobre Tenochtitlán?
- ¿Quiénes fueron los Jueces de Castilla?
- ¿Qué parte de Grecia poseyó España?
- ¿Qué principio recoge la ordenación territorial interna según la costumbre española?

Pelayos

Trivial

- ¿Cuándo se creó el Virreinato de Nueva España?
- ¿En qué reinado termina de establecerse la sede leonesa?
- ¿Dónde nace el río Cuervo?
- ¿Cuál es el tesoro que ha dado la pervivencia al carlismo?

Pelayos

Trivial

- ¿Quién fue el primer virrey de Nueva España?
- ¿Bajo qué rey asturiano auxilió el apóstol Santiago a los cristianos contra los moros?
- ¿En qué cordillera está el pico más alto de América?
- ¿Cuál es la ventaja que los primeros reyes de España vieron en la sucesión frente a la monarquía electiva?

- Treinta pueblos totonacas, que eran tributarios de los mexicas, dando miles de soldados a su campaña
- En el s. IX, fue regido por dos jueces: Nuño Rasura y Laín Calvo, que fueron antepasados del conde Fernán González y de Rodrígo Díaz de Vivar
- El condado de Neo Patria, actual Ypati, en la región de Tesalia
- El de fueros, que abraza desde la municipalidad (cartas pueblas), pasando por la comarca o la mancomunidad, hasta la región y virreynatos

- El 17 de abril de 1535
- Durante el reinado de Ordoño II, la sede ovetiense del reino asturiano acaba por asentarse en la ciudad de León
- En Vega del Codorno, municipio de la Cuenca peninsular
- La bandera dinástica, que ha permitido que el Carlismo viva, desde Don Carlos V a Don Sixto Enrique, cuando otros movimientos católicos muy nobles murieron al no conservar a su rey

- El alcarreño Antonio de Mendoza y Pacheco, que fue también el segundo virrey del Perú en 1551
- Bajo el reinado de Ramiro I, el apóstol Santiago apareció en la batalla de Clavijo para combatir contra los moros al lado de asturianos, gallegos y castellanos
- El Aconcagua, cumbre más elevada del continente americano, se encuentra en la cordillera de los Andes, en la actual Argentina
- Frente a la incertidumbre de la monarquía electiva de los godos y los primeros reyes astures, los monarcas acabaron huyeron del peligro de cámaras turbulentas y disputas que podían arruinar el país, instaurando unas leyes de sucesión estables

Cancionero

Estando Herido por un Balazo

Estando herido por un balazo,
desesperado de curación,
pensando sólo en ser coronado, (bis)
por Dios, la Patria y la Tradición.

¡Ay que placer, sentía yo!
cuando en Irache,
la misma Reina se me acercó.
Lavó mi herida, me hizo vivir,
en aquel punto de tanta dicha,
pensé en morir, pensé en morir.

Estando herido por un balazo,
desesperado de curación, (bis)
pensando sólo en ser coronado,

por Dios, la Patria y la Tradición.

¡Ay que placer, sentía yo!
cuando en Irache,
la misma Reina se me acercó.
Lavó mi herida, me hizo vivir,
en aquel punto de tanta dicha,
pensé en morir, pensé en morir.

Reina Margarita de Borbón-Parma

Tienda Carlista

Polos de Margarita y Pelayo

Tazas Margarita y Pelayo

https://tiendacarlista.com/